teníalas adelantadas reposando sobre ellas su cabeza de la que salian esas barbas escasas y rectas semejantes á hilos de plata, Indudablemente que á haber estado en una jaula hubiese admirado el soldado la gracia de aquel animal y los vigorosos contrastes de colores vivos que daban á su piel un aspecto siniestro. La presencia de la pantera aún dormida producíale el mismo efecto que segun dicen causan en el ruiseñor los ojos de la serpiente, y el valor del militar acabó por desvanecerse durante un momento ante aquel peligro en tanto que hubiérase exaltado ante la boca de los cañones vomitando metralla. Sin embargo, un pensamiento atrevido cruzó por su cabeza, secando el frio sudor que su frente bañaba. Como los hombres que llegados al último límite por la desgracia desafian la muerte ofreciéndose á sus golpes, vió sin darse cuenta de ello una tragedia en esta aventura y resolvió desempeñar con honra su papel hasta la última escena.

—¿No me iban á matar los árabes anteayer? se dijo.

Y dándose ya por muerto esperó impávido y hasta con cierta inquieta curiosidad el despertar de su enemigo. Así que apuntó el sol, la pantera abrió de súbito los ojos, extendió con fuerza sus patas como para desentumecerse y dió un bostezo poniendo de manifiesto el temible aparato de sus dientes y de su lengua hendida y áspera como una escofina.

—Parece una dama melindrosa, dijo el francés viéndola revolcarse con movimientos llenos de gracia y coquetería.

Se lamió luego la sangre de las garras y el hocico y se frotó repetidas veces la cabeza con las patas, haciendo muy gentiles ademanes.

—Vamos, se está dando su mano de tocador, volvió á decir aquel, que habia vuelto á recobrar su alegría al rehacer su valor. Veremos como nos damos los buenos dias. Y diciendo esto llevó su mano al puñal que habia quitado á los mogrevines.

En aquel momento la pantera volvió su cara hácia el francés y se le quedó mirando sin avanzar. La rigidez de aquellos ojos metálicos y su insoportable resplandor, hirieron al provenzal y más aún cuando el animal se encaminó hácia él. Pero la contempló con aire cariñoso, mirándola cual si intentase magnetizarla, la dejó llegar y cuando estuvo cerca, con un movimiento tan dulce cual hubiese empleado para acariciar á una mujer bonita, la pasó la mano por todo el cuerpo desde la cabeza á la cola marcando con las uñas las flexi-

bles vértebras que dividian el amarillo lomo de la pantera. La fiera enderezó voluptuosamente la cola y al acariciarla de este modo por tercera vez, dejó oir uno de esos *ron ron* con que los gatos manifiestan su satisfaccion; pero aquel murmullo partia de una cavidad tan potente y profunda, que resonó en la gruta como los últimos acordes de un órgano en la iglesia. El provenzal, comprendiendo el valor de aquellas caricias, redoblólas hasta sorprender y aturdir á aquella cortesana imperiosa, y así que creyó haber amansado la ferocidad de su caprichosa compañera, cuyo apetito parecia felizmente haber sido satisfecho la víspera, se levantó y se dispuso á salir de la gruta. La pantera le dejó marchar, pero cuando hubo traspuesto la colina, vino dando saltos, como un pájaro que brinca de rama en rama, á frotarse en las piernas del soldado, enarcando el lomo á la manera de los gatos. Luego mirando á su huésped con ojos cuyo brillo habíase hecho ménos inflexible, lanzó ese grito salvaje que los naturalistas comparan al ruido de una sierra.

—Es exigente, pensó sonriendo.

Intentó jugar con las orejas, acariciarle el vientre y pasarle las uñas con fuerza por la cabeza y en vista del buen resultado, le rascó la cabeza con la punta del puñal con intento de más adelante clavárselo, pero la dureza de los huesos le hizo temer no poder conseguirlo.

La sultana del desierto daba muestras de agradecer las atenciones de su esclavo, tendiendo el cuello y demostrando su embriaguez en una actitud de abandono. Pensó el francés entónces que para asesinar de un solo golpe á la feroz princesa, era preciso herirla en la garganta, y guardóse el puñal cuando la pantera se echó graciosamente á sus piés dirigiéndole de vez en cuando miradas en las que, en medio de su nativa, ferocidad se dibujaba aunque confusamente cierta mansedumbre.

El pobre provenzal púsose á comer sus dátiles apoyado en el tronco de una palmera y lanzando á ratos miradas investigadoras, ya hácia el desierto en demanda de socorro, ya espiando la insegura clemencia de su terrible compañera. Esta por su parte examinaba al francés con una prudencia que pudiéramos llamar comercial, pero este exámen debió serle favorable, porque cuando le vió que hubo concluido su frugal desayuno, púsose á lamerle los piés y con aquella lengua ruda y fuerte le quitó minuciosamente cuanto polvo tenia encima.

—Pero, ¿y cuándo tenga hambre? pensó el provenzal.

A pesar del escalofrío que semejante idea le causó, púsose á considerar con curiosidad las proporciones de aquella pantera, uno de los indivíduos más hermosos de su especie ciertamente, pues tenia tres piés de altura y cuatro de longitud sin contar la cola, fuerte y dura como un garrote y de casi tres piés de larga. La cabeza gruesa como la de una leona, se distinguia por una rara expresion de finura y aunque la fria crueldad de los tigres dominaba en sus rasgos, tenia cierta vaga semejanza con la de una mujer astuta. Por último, el rostro de la reina de las soledades revelaba en aquel momento una especie de contento semejante á Neron embriagado. Harta de sangre queria jugar.

Trató el soldado de ir y venir, y la pantera le dejó en libertad limitándose á seguirle con sus miradas, semejante, más que á un perro fiel, á un gran gato de Angola inquieto por todo hasta por los movimientos de su amo. Al volverse este, apercibió los restos de su caballo, cuyo cadáver había la pantera arrastrado hasta la fuente, y del que dos terceras partes habia devorado. Este espectáculo le tranquilizó y le explicó la ausencia de la pantera y la consideracion que le habia guardado durante su sueño.

El buen principio de aquella aventura le

animó, y concibió la loca esperanza de llevarse bien con la pantera durante el resto del dia, procurando no descuidar medio alguno de halagarla y conciliarse su benevolencia. Volvió hácia ella y experimentó un inefable placer viéndola remover la cola de un modo apenas perceptible. Sentóse entónces sin temor junto á ella y pusiéronse á jugar. La cogió las patas y el hocico, la retorció las orejas, la tumbó de espaldas y la atusó los costados calientes y sedosos. Ella se dejaba manosear y cuando el soldado ensayó á alisarla el pelo de las patas, escondió cuidadosa sus añas encorvadas como alfanjes. El francés que conservaba una mano sobre el mango de su puñal estuvo tentado de clavarle en el vientre de la confiada pantera, pero temió ser extrangulado en sus últimas convulsiones, y además sintió en su corazon una especie de remordimiento que le ordenaba respetar á aquel sér que no le ofendia y en el que le parecia tener casi una amiga en aquel desierto sin límites. Involuntariamente se le vino á la mente el recuerdo de su primer amor, una muchacha á la que dió el nombre de *Mignonne* por antífrasis, pues era tan celosa que durante todo el tiempo de sus relaciones estuvo temeroso de un cuchillo con que le tenia amenazado, recuerdo de sus primeros años que le sugirió la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

idea de dar el mismo nombre á la pantera, á la que tambien admiraba, con ménos temor á decir verdad, por su agilidad, su gracia y su malicia.

Al caer el dia, tanto se habia familiarizado con aquella peligrosa situacion que casi le causaba agrado. Y su compañera acabó por acostumbrarse á volverse á mirarle cuando gritaba con voz de falsete: "*Mignonne.*" Así que se puso el sol. Mignonne hizo oir repetidas veces un grito fuerte y melancólico.

—Está bien educada, pensó el alegre soldado; eso es que está diciendo sus oraciones.

Pero esta broma mental no se le ocurrió sino despues de ver la actitud pacífica que conservaba su compañera.

—Vamos, rubita, acuéstate la primera, la dijo, contando con la ligereza de sus piernas para evadirse á toda prisa en cuanto la viese dormida á fin de buscar otro asilo durante la noche.

Esperó este momento con impaciencia, y cuando le creyó llegado, púsose rápidamente en marcha con direccion al Nilo; pero no habia caminado un cuarto de legua por el arenal, cuando oyó á sus espaldas los saltos de la pantera, y á intervalos su maullido, más espantable aún que sus saltos.

—Vamos, se dijo, me ha cobrado amistad.

Esta jóven pantera se conoce que no ha visto á un sér humano hasta ahora, y siempre es muy halagüeño el haber conquistado sus primeros amores.

En aquel momento el soldado dió con uno de esos arenales movedizos, tan temidos de los viajeros, y de los que no hay medio de salir á salvo, y al sentirse en tal situacion, lanzó un grito de angustia. La pantera entónces cogióle con los dientes por el cuello de la casaca, y saltando vigorosamente hácia atrás, le sacó del atolladero como por mágia.

—¡Ah! Mignonne, exclamó el soldado, acariciándola con efusion, seremos amigos á vida y muerte, pero cuidado con las bromas, ¿eh?

Y se volvió atrás.

El desierto desde entónces parecia estar poblado, pues en él habia un sér al que el francés podia hablar, y cuya ferocidad se habia amansado por causa suya, si bien no podia explicarse los motivos de aquella amistad extraña. Por poderoso que fuera el deseo del soldado de permanecer de pié y en guardia, durmióse aquella noche. Cuando se despertó, no viendo á Mignonne, subió á lo alto de la colina y distinguióla á lo lejos que se acercaba á saltos, segun la costumbre de estos animales, á los que es imposible la carrera por la extrema flexibilidad de su columna vertebral. Llego

Mignonne con las fauces ensangrentadas, y recibió las caricias acostumbradas de su compañero, dando muestras de agradecerlas con aquel *roncar* grave y especial, y volviendo sus ojos con mayor dulzura aún que la víspera hácia el provenzal, que la hablaba como pudiera hacerlo á un animal doméstico.

—¡Hola, hola! señorita, aunque eres muy bien educada, se conoce que tambien tienes tus travesurillas. Por lo visto, te has comido un mogrovin; ¿no te da vergüenza? Y eso que casi casi estoy por decir que son más animales que tú. Pero cuidado con hacer lo mismo con un francés, ó dejamos de ser amigos.

La pantera púsose á jugar, como juega un perro con su amo, dejándose arrastrar por el suelo, pegar ó acariciar, y hasta provocando á ello al soldado, alargando la pata, como para indicarle tal deseo.

Así pasaron varios dias, y tal compañía permitió al provenzal admirar á su sabor las sublimes bellezas del desierto. Desde el punto y hora en que se halló con momentos de temor y momentos de tranquilidad, con medios de alimentarse y un sér en quien pensar, estuvo su alma agitada por los contrastes y su vida llena de accidentes. La soledad le reveló todos sus secretos y le rodeó de todos sus encantos, descubriendo en la salida y en la pos-

tura del sol espectáculos desconocidos para el comun de las gentes, extremeciéndose al oir sobre su cabeza el dulce susurro de las alas de un pájaro, raro pasajero, ó viendo correr y confundirse las nubes, esos otros pasajeros de cambiantes colores. Estudió durante las noches los efectos de luna sobre aquel océano de arenas, en que el simoun producia olas, ondulaciones y rápidos cambios. Vivió con el dia de Oriente, admirando sus pomposas maravillas, y con frecuencia, trás de haber gozado el terrible espectáculo de un huracan en aquella llanura, donde los remolinos de arenas producian nieblas secas y rojizas y nubes que causaban la muerte, veia con delicia llegar la noche, derramando benéfica frescura desde su estrellado cielo, de donde le parecian venir fantásticas melodías. La soledad le enseñó, además, á desenvolver el rico tesoro de la imaginacion, pasando horas enteras en recordar cosas tal vez insignificantes ó comparando su vida pasada con la presente. Acabó por tomarle cariño á la pantera, falto de otra afeccion, y sea que un efecto de la influencia de su voluntad hubiera en ella modificado el carácter, ó bien que, gracias á los multiplicados combates que por entónces se libraban en el desierto, encóntrase abundante alimento, ello es que respetaba la vida del francés, quien

acabó por confiarse de ella, al verla siempre satisfecha. Pasaba grandes ratos durmiendo, aunque no se descuidaba de vigilar como una araña en su tela, para no dejar escapar el momento on que pudiera obtener socorro, si alguien llegaba á pasar por la circunferencia hasta donde su horizonte se extendia, habiendo convertido con este fin su camisa en bandera que enarboló en el extremo de una palmera, á la que despojó primero de su follaje, y la necesidad le inspiró la idea de mantenerla extendida por medio de algunas varitas, por si acaso el viento no la agitaba en el momento en que el ansiado viajero dirigiera sus miradas por la extensa llanura del desierto.

En las largas horas en que la esperanza le abandonaba, era cuando se ponia á jugar con la pantera, de la cual habia aprendido á conocer las diferentes inflexiones de voz y la expresion de sus miradas y estudiado todos los caprichosos lunares que esmaltaban su dorado traje. Mignonne, por su parte, ni siquiera gruñia cuando él la cogia por el extremo de su larga cola para contar los anillos blancos y negros que elegantemente la adornaban, y brillaban de lejos al sol, cual si fueran de pedrería.

Complacíase en recorrer con la vista las líneas ondulantes y finas de sus contornos, su

blanco vientre y la gracia de su cabeza. Sobre todo cuando jugaba, contemplábala complacido, y aquella agilidad y aquellos movimientos tan juveniles, le sorprendian cada vez más, admirando la elasticidad que desplegaba siempre que se ponia á saltar, á arrastarse, á deslizarse, á colgarse, á meterse por cualquier lado, á encogerse ó á lanzarse hácia un objeto; y por rápida que fuera su carrera, por resbaladiza que estuviese la peña de granito, por donde se deslizaba, parábase de pronto en cuanto oia gritar: «Mignonne.»

Cierto dia en que brillaba un sol abrasador, un ave de gran tamaño apareció en los aires y el provenzal dejó á la pantera para examinar á este nuevo huésped, mas, tras un momento de espera, la sultana rugió sordamente.

—Lléveme el diablo, si no es celosa, se dijo viendo sus ojos que se habian puesto fieros. Estoy por asegurar que el alma de Virginia se ha trasmigrado al cuerpo de la pantera.

El águila desapareció en lontananza y el soldado se quedó mirando el encorvado cuerpo de la pantera lleno de juventud y de elegancia y bello como el de una mujer. La rubia piel del lomo se desvanecia por finas tintas en el blanco mate de la parte inferior y la luz que profusamente el sol vertia, abri-

llantaba aquel oro vivo y aquellas manchas negras dándolas un atractivo indefinible. Miráronse el provenzal y la pantera con expresion inteligente; la muy coqueta se extremeció al sentir las uñas de su amigo, que la rascaban el cráneo, sus ojos brillaron un momento como dos relámpagos y luego cerrólos con fuerza.

—Tiene una alma, se dijo contemplando la tranquila actitud de aquella reina de los arenales, dorada como ellos, blanca como ellos y como ellos ardiente y solitaria.

—

—Y bien, me dijo ella, ya he leido vuestro alegato en favor de las fieras. Pero ahora me falta saber cómo acabaron aquellos dos séres que parecian criados para comprenderse mútuamente.

—Pues de un modo muy natural. Concluyeron como concluyen todas las grandes pasiones; por una equivocacion. Se sospecha por una ú otra parte una traicion, no se dan explicaciones por aquello y se rompe por terquedad.

—Y aún suele acontecer, añadió ella, que en los momentos de mayor espansion bastan

para llegar á tal extremo una exclamacion ó una mirada. Con que vamos, ¿quereis referirme el final de la historia?

—Es algo difícil, pero comprendereis todo lo que me relataria el viejo veterano cuando despues de apurar la botella de Champagne me dijo:—Yo no sé por qué, cierto dia se volvió hácia mí cual si estuviera rabiosa y con sus agudos dientes me cogió de una pierna, blandamente, á decir verdad, pero yo, creyendo que trataba de devorarme la hundí mi puñal en el cuello. Cayó en tierra lanzando un ahullido que me heló el corazon, y la ví entre las angustias de la muerte mirarme sin cólera. Quedéme cual si hubiese asesinado á una persona y los soldados que habiendo desde léjos divisado mi blanca bandera acudieron en mi socorro, me encontraron vertiendo lágrimas... Sabed, caballero, continuó tras un momento de pausa, que he hecho despues de lo que os acabo de referir la guerra en Alemania, en España, en Rusia y en Francia, y por ninguna parte por donde he paseado este saco de huesos he encontrado nada que se parezca al desierto. ¡Ah! ¡qué bello es allí todo!—¿Qué sentíais allí? le pregunté.—¡Oh! eso no se puede explicar, jóven. Además no siempre estoy echando de ménos mis palmeras y mi pantera. Para que eso suceda necesito estar tris-